

LA DELGADA LÍNEA ROJA



Como en aquella película que trataba sobre la poca diferencia que había entre vivir o morir en el frente de una guerra, la delgada línea roja es, también, ese espacio que nadie puede sobrepasar, a pesar de que hayas dejado los mejores años junto a una persona. Vista desde el otro lado, se trata de una fina sensación de soledad con la que tenemos que vivir todos los mortales, aunque una gran parte de nuestro tiempo estemos rodeados de gente, y hayamos puesto de nuestra parte para que las cosas fuesen por el mejor camino posible. Da lo mismo que amemos u odiamos, que riámos o lloremos, incluso que nos entreguemos, cuando se desata la ira, la incomprensión, aquello que no estamos dispuestos a tolerar, todo salta por los aires, y de nada sirven los años pasados, los esfuerzos compartidos, las íntimas confidencias, la familia, la lealtad o cualquier otro sentimiento que hayamos podido ir construyendo a lo largo de esos años de búsqueda en común. Cada uno pintamos nuestra línea roja, su grosor, y lo grave es que siempre es demasiado fina.

Los divorcios de hoy son el ejemplo más claro de cuanto digo: nadie está dispuesto a soportar el más mínimo fallo en el otro, o permitir que esa raya imaginaria sea flexible, o mejor, casi inexistente. La arrogancia de uno sólo sirve para alimentar, en décimas de segundo, el odio del otro, y los insultos se convierten en la yesca que atiza las llamas de la ignominia. El pasado se borró de un plumazo. Si fuésemos capaces de ponderar con calma lo que construimos juntos frente a las pobres razones que solemos esgrimir en los momentos de cólera con la sola intención de hacer daño al otro y salirnos con la nuestra, estoy seguro que la mayor parte de las parejas no romperían su convivencia con tanta facilidad, sobre todo en aras a la estabilidad mental y emocional de los hijos. Siempre es mucho más lo que se pierde y dejamos atrás.

Llegando a los cincuenta, unos antes y otros después, creemos que la vida se nos va ya de las manos, y tratamos de retroceder en el tiempo buscando lo que nunca será. Y, en ese tránsito, nos volvemos a equivocar, hacemos daño a los nuestros, y además tampoco logramos hallar aquello que creímos haber perdido, porque en realidad nada habíamos extraviado, a no ser que fuese la perspectiva, el valor para afrontar lo inevitable o ese enfoque elemental que permite a los humanos separar lo importante de la paja, lo superfluo de lo que realmente vale la pena. Y luego llega la inevitable soledad. Después, el arrepentimiento.

Tirar una vida por la borda por haber marcado con trazo demasiado fino esa delgada línea roja que todos pintamos a nuestro alrededor para defendernos de los otros acaba por convertirse en el mejor alimento para la soledad. A medida que convivimos con otras gentes deberíamos hacer todo lo contrario, convirtiendo esa fina línea en un trazo más ancho en el que podamos dar cabida a las equivocaciones, a los errores cotidianos de pobres humanos, al perdón y a la comprensión, transformando su color rojo de prohibiciones en azul de

esperanza. El respeto y la tolerancia han de servir para disminuir la distancia entre nosotros, hasta lograr que no exista la maldita línea; que las parejas seamos capaces de pintarla juntos para defendernos de los ataques de los otros, jamás de los ocasionados por nosotros mismos.